LA HISTORIA ES PURO VERSO

Ellos, los héroes, ¿lo sabrían desde pequeños? ¿Acaso escucharon desde la más tierna edad los campanazos de la historia, llamándolos, seduciéndolos, explicando con argumentos de cine catástrofe que sin ellos el futuro sería una construcción imposible?

La pregunta, formulada para los héroes de la historia, se extendió alguna vez a los albañiles que arrastraron las piedras de las pirámides, los archivistas árabes que preservaron a los clásicos griegos, los pilotos de los Zeros japoneses que bombardearon Pearl Harbor bajo la consigna *Tora, tora*, según ilustró Hollywood en su momento.

Los resultados de esta doble interpelación, a los héroes y a los que deambularon anónimamente por los siglos, tiene sus correlatos en las respuestas que se dan las diversas corrientes historiográficas. En Argentina acaba de publicarse la *Historia de la vida privada*, un proyecto editorial que consta de cinco tomos (aquí salió recién el primero) y fue en Italia el segundo título más vendido en el rubro de los ensayos. La obra, según uno de sus directores, George Duby, bucea por "los cambios lentos o precipitados que, al filo de las épocas, han afectado la noción y los aspectos de la vida privada". Allí donde dice *vida privada* se supone que debe entenderse no tanto una oposición a lo público (el Estado, las superestructuras ideológicas, la política) sino más bien un sustrato, el lugar desde el cual se conforman las prácticas sociales.

Cuando el primer tomo se publicó en España —coincidiendo con el quinto francés— un articulista del semanario español *El Globo* marcó una idea sugerente: "Desde fines del siglo pasado, mucha literatura (Azorín o Joyce, pongamos) reacciona tratando de asir lo cotidiano. La historia, por su parte, ha pasado de hablar de reyes y tratados a prodigar estadísticas. En el ambiente hay cierto cansancio de ambas cosas: se reivindican géneros de acción, se escribe la concretísima historia de determinada ciudad. Es como si dijéramos: puestos a cotidianeidades, que no sean de ficción".

La ficción. Algo sucede entre la literatura, la historia, la ficción, desde hace muchos más años de lo que parece. También el filósofo Tomás Abraham, al comentar la *Historia de la vida privada* en la revista *Babel*, y luego de citar algunos de los elementos que circulan por la obra (la pareja, los dioses del hogar, el ocio y las tabernas), vuelve a la misma pista: "...son los efectos del modelo literario los que manifiestan su presencia en este modo de escribir historia". Es más: "La intriga, la tensión, el humor, el juego, nos invitan a un universo de hechizo ficcional".

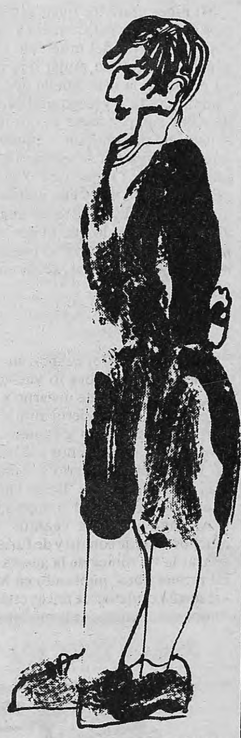
Ultima cita, del comentario español: "Ese romano que vivía en Mérida, aquel bizantino de Cartagena que dejó de recuerdo una chuchería, por pura casualidad. ¿Qué pensarían ellos del Gobierno?".

¿Qué pensarían los marmóreos héroes argentinos, atreviéndose a suponer que ellos también tendrían problemas de pareja, sus propios dioses del hogar e incluso sus tabernas referenciales en las cuales imaginarían banderas blanquicelestes, epopeyas trasandinas y Constituciones? ¿No será que así como Hollywood interpreta a Espartaco (y Pancután, otras carrozas de fuego) Argentina supo edificar su propia fábrica de sueños históricos? ¿No parece de Grimm el telar de Doña Paula Albarracín? ¿Fue tan necio Cabral como para morir contento?

En *Respiración artificial*, a la hora de revolver los documentos añejos guardados en un arcón, el reconstructor de la historia se pregunta de qué manera ordenar los papeles, a cuáles creerles más o menos, cuáles son más importantes. Pero sobre todo se pregunta qué hay en esos inmensos espacios de vacío, qué hechos, qué misterios que quizá nieguen lo supuestamente conocido, qué secretos.

Si la historia oficial argentina, la mitrista, por ejemplo, rellenó y ficcionalizó los hechos a través del enaltecimiento absoluto, la mistificación y, por supuesto, la mentira, existen innumerables formas de ficcionalizar. Como en el caso de los textos que se presentan en este suplemento, la ficción contribuye a reencarnar a los héroes en su miserable condición humana. San Martín proyecta su sombra, como los romanos en privacía, acomodado por Daniel Moyano en un rincón de taberna gaditana. Cerca del mar porque él soñó en el Mediterráneo. Los generales de Héctor Tizón son, gracias a Dios, a la muerte, a las medas de un caballo final, portentosamente inseguros. Piedra Buena, visto por Aníbal Ford, mira en cambio al Riachuelo. Y en tanto recuerda al frío patagónico, cierto aire marinero de estilo Melville, en tanto repasa su encuentro con Sarmiento, surge a la historia envuelto por un interesante olor a podrido.





Viñuela 88.



Recuerdos de tías viejas

Por Héctor Tizón

Un escritor sólo puede escribir sobre lo que sabe y conoce. Uno es siempre lo que los demás, los hechos y los hombres, sus antepasados y sus contemporáneos han contribuido a hacer. Uno nunca es nada más que, en el mejor de los casos, un poco más que sus demás. Los primeros conocimientos se propagan por transmisión oral y las iniciadoras siempre son las mujeres, dado que los hombres, salvo los ancianos, no hablan. En mi infancia las mujeres que me rodeaban —mi madre y tías, niñeras y demás comedidas— contaban historias que tenían que ver con nuestras vidas; nunca decían "en España o en Italia o en Francia", puesto que todas las mujeres que rodearon mi infancia fueron criollas o indias analfabetas o no lectoras. Y lo primero que me llamó la atención fue que jamás una historia fuera contada exactamente igual una y varias veces, sino que la historia era el historiador, la narración era (sobre todo) el narrador. Estupenda lección de crítica literaria no expresada hasta entonces.

La entrada en Jujuy de Felipe Varela la conoció mi mujer, Flora Guzmán, por boca de su *mama* Santos, gran-madre familiar allegada por vínculos de afecto, o postiza y no consanguínea. Y yo conocí el esplendor del trópico bananero por narración oral de mi abuela y de un anciano, muerto de Juez de Paz cuarenta años después de que mi abuelo —a quien había conocido—, primer plantador, huyera de su familia en lo mejor de su edad y hasta hoy ausente con presunción de fallecimiento.

2

Mi niñez entre los quebrachales y los indios pescadores del Bermejo y apenas bilingües tributarios del miserable fundo de mi abuela —orgullosa mujer que borró desde un principio la mención de nuestro abuelo, "por hijoputa", y luego en el páramo helado de Abra Pampa, como en dos mundos aparentemente sin conexión— estuvo poblada de seres que sirvieron de relleno a los vacíos del conocimiento. ¿Y qué otra cosa es el mito? ¿El mito acaso no es una opinión probable, que va en auxilio de la razón cuando ésta no alcanza? Esto es lo que Platón decía del alma. Cuando la historia no puede (no se *anima)* a localizar ni datar, acude en su ayuda el mito.

3

Decidí ser escritor cuando aún usaba pantalones cortos. Ahora lo vuelvo a ver: era una tarde nublada de invierno y contemplaba el paisaje desde cierta altura, montado a horcajadas sobre un gigantesco cóndor de bronce en el monumento a la batalla de Salta. Era un niño solitario y melancólico. Jamás se lo dije a nadie. Desde entonces hasta ahora estoy contando la misma historia.

Al cabo de unos cuantos libros y de muchos años de sonido y de furia, encuentro al azar la "Crónica de la guerra grande" de mi primer libro, publicado en México, y en ese medio centenar de líneas está, creo, resumido, enteramente, mi mester de juglaría. Nada nuevo he contado después y todo lo demás fueron ampliaciones exploradas a partir de aquella primera piedra: "Pero no pudo resistirse a aquellas gangosas palabras del hombre que hablaba sobre la libertad, y también sobre los ricos y los pobres y él era pobre, no tenía nada más que su caballo; su mujer era ya muerta y sus hijos, del patrón". Este libro está publicado en 1960 pero fue escrito antes, cuando ya tal vez había cruzado la marca tenebrosa.

Después nunca vinieron o me negué a conocer caras extrañas. Con buscar lo almacenado en el baúl-mundo me sobraba; quedé cautivo en las sombras de mi casa. Y así, como quien dice, andando el tiempo y varios libros, vi a un infeliz en medio de una tierra devastada por la guerra y los incendios llevando una vaca por la reata, seguido de unos perros codiciosos. Después de verlo averigüé por qué y leí el Bando del general Belgrano (calificado de "impío" por la "gente principal" que como siempre medra a la sombra de quien supone ganará) y ya estuve seguro. Belgrano era un hombre como los demás. Era como mi padre y como mi abuelo; era como el otro, labriego y rábula, era como un juez y como un caudillo, como un tentado por San Antonio y como un docente. Era un hombre, respecto del cual tenían razón Mitre y la *mama* Santos y la memoria de los viejos que susurraban en mis oídos información en forma de chismes. El general Manuel Belgrano era como cualquiera y era él, condenando a los come-mierdas de todos los tiempos —que ya intentaban pasarse al enemigo— a las penas infamantes en su, ahora escolarmente célebre, Bando.

Entonces, al cabo de la memoria de los muertos, de una montaña de documentos resquebrajados de trazos ocres, comencé a escribir aquella crónica que se llama "Sota de bastos, caballo de espadas", que un descendiente del prócer, menos papista que los papas que engolan el santoral, reconoció en carta del 8/3/76 que, más que a mí, lo exalta, edición primera que la dictadura, con lógica, mandó quemar.

Un perro mal encarado y lanudo, sucia la pelambre y con el hocico manchado por la carroña, llegó trotando desde un costado y se detuvo, apartadizo, a contemplar el paso del general y su escolta, a mirarlos, sin ladrar o amedrentarse. Ni el general ni el par de coraceros vieron al perro, tan sólo Cosme, que iba zaguero, lo miró e hizo un ademán amenazante con la punta de las bridas; el perro vagabundo dio un salto, un alarido y luego se lanzó a la carrera cuesta abajo por el callejón. Nadie más volvió a verlo, ni siquiera la luna, esposa y amo de los perros, cuyo halo pálido —apenas una claridad— anunciaba noche fría y la noche comenzaba a aposentarse, consuelo de los miserables, de los ladrones, de los roedores que mastican a escondidas y en silencio.

Casi justamente al final de las Chacras Altas, entre un zapallar diezmado por los chanchos y la playa del río, al abrigo de una amplia galería, se había improvisado el parque y la fábrica de cañones. Los soldados de la escolta se adelantaron al trote para advertir a los centinelas apostados; el general, las piernas colgando a los flancos de su jaca, traspuso el portón y, al apearse, sus botas se enterraron hasta las calcañares en el barro.

—¿Quién manda aquí? —preguntó el general.

—Yo, señor; en ausencia del señor barón.

—¿Cómo es que no tienes chaqueta ni insignias?

—Me las están haciendo, mi general. La otra, la que tenía, me la robaron; ahora las mujeres se ocupan de la nueva.

El general contempló su propio calzado bajo la luz pálida y no replicó.

—¿Cuántos hay listos, de los cañones?

—Están preparados tres; otros tantos probándose en la falda, y no han vuelto. Pero todo va bien; estos últimos costaron trece pesos no más.

—¿Trece pesos? ¿Cómo tan escaso y servirán?

—Al menos para hacer ruido, mi general.

El resplandor de los fuegos de una docena de fraguas iluminaba los fondos de la cuadra y todo el costado de la galería; de la parte en sombras llegaban ruidos de bigornias y martillos y, frecuentemente, el chasquido de fierros fogueados al ser sumergidos en el agua de los toneles de boca abierta. No muy lejos de los fuegos y formando un corro, sentadas como cuando se ocupaban del laboreo con los paños domésticos, estaba una veintena de mujeres, entre jóvenes y marchitas, animando a los hombres y haciendo cartuchos de proyectiles.

El general, que por momentos sentía unas salivas desabridas en la garganta, pálido, y sus piernas inseguras y gordas, no pudo menos —al observar el resplandor de las hogueras— que volver a pensar en Dios, sobreponiendo la recóndita imagen de Dios a la del mundo. Los minerales crecen en el vientre de fuego de la tierra y afloran enfriados; y nosotros convertimos oscuras piedras duras y frías en espadas y máquinas nuevamente con la ayuda del fuego y es la metalurgia así como una partera perenne de la vida y de la muerte, o de esa resurrección constante que tanto le preocupaba y le espantaba, por momentos, cuando comprobaba que sus ocurrencias teológicas no eran precisamente aquellas de sus confesores y capellanes. *Con el fuego creado por sus manos el hombre ha reemplazado la obra del tiempo,* cree descubrir. *El hombre acelera los días del mundo como cuando mata para salvar la vida.* Ahora contempla los rostros abajados de esta gente y se pregunta si no habría sido injusto o duro con el diputado que abogaba por los decentes. Sabía que tuvo que pagar hasta diez pesos por mulas no tan jóvenes, incluso por las viejas y chúcaras —casi tanto como uno de estos cañones— debiendo conformarse con ellas porque se le había asegurado que no había caballos, ya escondidos como estaban por ellos mismos para hacer buenos negocios luego, vendiéndolos a buen precio a los invasores. Pero quizá fuese cierto: hay una verdad para los ricos y otra para los pobres y quizá los pueblos necesiten, como el mineral al fuego, a los extorsionadores de pueblos para hallarse, y primero haya de venir el rigor de la miseria y del hambre para que la discordia pueda nacer, como llamada por un silbido que se repite en el bosque y puedan así llegar los grandes ahorcamientos, los hombres desvelados, flacos y fríos, aquellos que no se permitan la sal ni el pan y sólo vivan de no más unas palabras claras, antiguas y terribles; los que vengan a hacer justicia al pueblo. La honra de los ricos no es aquella de los pobres; los ricos sienten piedad por el prójimo, en tanto que los que no tienen nada ni siquiera la sienten de ellos mismos. El había amenazado con fusilar al Asesor en realidad porque éste había invocado el favor para

SOTA DE BA
CABALLO DE E



Recuerdos de tías viejas

Por Héctor Tizón

Un escritor sólo puede escribir sobre lo que sabe y conoce. Uno es siempre lo que los demás, los hechos y los hombres, sus antepasados y sus contemporáneos han contribuido a hacer. Uno nunca es nada más que, en el mejor de los casos, un poco más que sus demás. Los primeros conocimientos se propagan por transmisión oral y las iniciadoras siempre son las mujeres, dado que los hombres, salvo los ancianos, no hablan. En mi infancia las mujeres que me rodeaban —mi madre y tías, niñeras y demás comedidas— contaban historias que tenían que ver con nuestras vidas; nunca decían "en España o en Italia o en Francia", puesto que todas las mujeres que rodearon mi infancia fueron criollas o indias analfabetas o no lectoras. Y lo primero que me llamó la atención fue que jamás una historia fuera contada exactamente igual una y varias veces, sino que la historia era el historiador, la narración era (sobre todo) el narrador. Estupenda lección de crítica literaria no expresada hasta entonces.

La entrada en Jujuy de Felipe Varela la conoció mi mujer, Flora Guzmán, por boca de su *mama* Santos, gran-madre familiar allegada por vínculos de afecto, o postiza y no consanguínea. Y yo conocí el esplendor del trópico bananero por narración oral de mi abuela y de un anciano, muerto de Juez de Paz cuarenta años después de que mi abuelo —a quien había conocido—, primer plantador, huyera de su familia en lo mejor de su edad y hasta hoy ausente con presunción de fallecimiento.

2

Mi niñez entre los quebrachales y los indios pescadores del Bermejo y apenas bilingües tributarios del miserable fundo de mi abuela —orgullosa mujer que borró desde un principio la mención de nuestro abuelo, "por hijoputa", y luego en el páramo helado de Abra Pampa, como en dos mundos aparentemente sin conexión— estuvo poblada de seres que sirvieron de relleno a los vacíos del conocimiento. ¿Y qué otra cosa es el mito? ¿El mito acaso no es una opinión probable, que va en auxilio de la razón cuando ésta no alcanza? Esto es lo que Platón decía del alma. Cuando la historia no puede (no se *anima)* a localizar ni datar, acude en su ayuda el mito.

3

Decidí ser escritor cuando aún usaba pantalones cortos. Ahora lo vuelvo a ver: era una tarde nublada de invierno y contemplaba el paisaje desde cierta altura, montado a horcajadas sobre un gigantesco cóndor de bronce en el monumento a la batalla de Salta. Era un niño solitario y melancólico. Jamás se lo dije a nadie. Desde entonces hasta ahora estoy contando la misma historia.

Al cabo de unos cuantos libros y de muchos años de sonido y de furia, encuentro al azar la "Crónica de la guerra grande" de mi primer libro, publicado en México, y en ese medio centenar de líneas está, creo, resumido, enteramente, mi mester de juglaría. Nada nuevo he contado después y todo lo demás fueron ampliaciones exploradas a partir de aquella primera piedra: "Pero no pudo resistirse a aquellas gangosas palabras del hombre que hablaba sobre la libertad, y también sobre los ricos y los pobres y él era pobre, no tenía nada más que su caballo; su mujer era ya muerta y sus hijos, del patrón". Este libro está publicado en 1960 pero fue escrito antes, cuando ya tal vez había cruzado la marca tenebrosa.

Después nunca vinieron o me negué a conocer caras extrañas. Con buscar lo almacenado en el baúl-mundo me sobraba; quedé cautivo en las sombras de mi casa. Y así, como quien dice, andando el tiempo y varios libros, vi a un infeliz en medio de una tierra devastada por la guerra y los incendios llevando una vaca por la reata, seguido de unos perros codiciosos. Después de verlo averigüé por qué y leí el Bando del general Belgrano (calificado de "impío" por la "gente principal" que como siempre medra a la sombra de quien supone ganará) y ya estuve seguro. Belgrano era un hombre como los demás. Era como mi padre y como mi abuelo; era como el otro, labriego y rábula, era como un juez y como un caudillo, como un tentado por San Antonio y como un docente. Era un hombre, respecto del cual tenían razón Mitre y la *mama* Santos y la memoria de los viejos que susurraban en mis oídos información en forma de chismes. El general Manuel Belgrano era como cualquiera y era él, condenando a los come-mierdas de todos los tiempos —que ya intentaban pasarse al enemigo— a las penas infamantes en su, ahora escolarmente célebre, Bando.

Entonces, al cabo de la memoria de los muertos, de una montaña de documentos resquebrajados de trazos ocres, comencé a escribir aquella crónica que se llama "Sota de bastos, caballo de espadas", que un descendiente del prócer, menos papista que los papas que engolan el santoral, reconoció en carta del 8/3/76 que, más que a mí, lo exalta, edición primera que la dictadura, con lógica, mandó quemar.

SOTA DE BASTOS, CABALLO DE ESPADAS

Un perro mal encarado y lanudo, sucia la pelambre y con el hocico manchado por la carroña, llegó trotando desde un costado y se detuvo, apartadizo, a contemplar el paso del general y su escolta, a mirarlos, sin ladrar o amedrentarse. Ni el general ni el par de coraceros vieron al perro, tan sólo Cosme, que iba zaguero, lo miró e hizo un ademán amenazante con la punta de las bridas; el perro vagabundo dio un salto, un alarido y luego se lanzó a la carrera cuesta abajo por el callejón. Nadie más volvió a verlo, ni siquiera la luna, esposa y amo de los perros, cuyo halo pálido —apenas una claridad— anunciaba noche fría y la noche comenzaba a aposentarse, consuelo de los miserables, de los ladrones, de los roedores que mastican a escondidas y en silencio.

Casi justamente al final de las Chacras Altas, entre un zapallar diezmado por los chanchos y la playa del río, al abrigo de una amplia galería, se había improvisado el parque y la fábrica de cañones. Los soldados de la escolta se adelantaron al trote para advertir a los centinelas apostados; el general, las piernas colgando a los flancos de su jaca, traspuso el portón y, al apearse, sus botas se enterraron hasta las calcañares en el barro.

—¿Quién manda aquí? —preguntó el general.

—Yo, señor; en ausencia del señor barón.

—¿Cómo es que no tienes chaqueta ni insignias?

—Me las están haciendo, mi general. La otra, la que tenía, me la robaron; ahora las mujeres se ocupan de la nueva.

El general contempló su propio calzado bajo la luz pálida y no replicó.

—¿Cuántos hay listos, de los cañones?

—Están preparados tres; otros tantos probándose en la falda, y no han vuelto. Pero todo va bien; estos últimos costaron trece pesos no más.

—¿Trece pesos? ¿Cómo tan escaso y servirán?

—Al menos para hacer ruido, mi general.

El resplandor de los fuegos de una docena de fraguas iluminaba los fondos de la cuadra y todo el costado de la galería; de la parte en sombras llegaban ruidos de bigornias y martillos y, frecuentemente, el chasquido de fierros fogueados al ser sumergidos en el agua de los toneles de boca abierta. No muy lejos de los fuegos y formando un corro, sentadas como cuando se ocupaban del laboreo con los paños domésticos, estaba una veintena de mujeres, entre jóvenes y marchitas, animando a los hombres y haciendo cartuchos de proyectiles.

El general, que por momentos sentía unas salivas desabridas en la garganta, pálido, y sus piernas inseguras y gordas, no pudo menos —al observar el resplandor de las hogueras— que volver a pensar en Dios, sobreponiendo la recóndita imagen de Dios a la del mundo. Los minerales crecen en el vientre de fuego de la tierra y afloran enfriados; y nosotros convertimos oscuras piedras duras y frías en espadas y máquinas nuevamente con la ayuda del fuego y es la metalurgia así como una partera perenne de la vida y de la muerte, o de esa resurrección constante que tanto le preocupaba y le espantaba, por momentos, cuando comprobaba que sus ocurrencias teológicas no eran precisamente aquellas de sus confesores y capellanes. *Con el fuego creado por sus manos el hombre ha reemplazado la obra del tiempo,* cree descubrir. *El hombre acelera los días del mundo como cuando mata para salvar la vida.* Ahora contempla los rostros abajados de esta gente y se pregunta si no habría sido injusto o duro con el diputado que abogaba por los decentes. Sabía que tuvo que pagar hasta diez pesos por mulas no tan jóvenes, incluso por las viejas y chúcaras —casi tanto como uno de estos cañones— debiendo conformarse con ellas porque se le había asegurado que no había caballos, ya escondidos como estaban por ellos mismos para hacer buenos negocios luego, vendiéndolos a buen precio a los invasores. Pero quizá fuese cierto: hay una verdad para los ricos y otra para los pobres y quizá los pueblos necesiten, como el mineral al fuego, a los extorsionadores de pueblos para hallarse, y primero haya de venir el rigor de la miseria y del hambre para que la discordia pueda nacer, como llamada por un silbido que se repite en el bosque y puedan así llegar los grandes ahorcamientos, los hombres desvelados, flacos y fríos, aquellos que no se permitan la sal ni el pan y sólo vivan de no más unas palabras claras, antiguas y terribles; los que vengan a hacer justicia al pueblo. La honra de los ricos no es aquella de los pobres; los ricos sienten piedad por el prójimo, en tanto que los que no tienen nada ni siquiera la sienten de ellos mismos. El había amenazado con fusilar al Asesor en realidad porque éste había invocado el favor para los ancianos, las mujeres y los niños, callándose el interés de los pudientes, ocultándolo, así como éstos ocultaron las cabalgaduras a la necesidad de su ejército.

El caudillo se había sentado en un pequeño bulto muy cerca de una de las fogatas, con los brazos sobre sus rodillas; tenía vaga la mirada, parada en las llamas que apenas si se movían, los cabellos claros aplastados y húmedos por un sudor malsano; Cosme sujetaba su cabalgadura teniéndose del borrón del apero y los soldados de la escolta permanecían en pie y alertas, cuando alguien llegó hasta él ofreciéndole un vaso de chicha.

—Válgale Dios, mi señor —dijo.

Recién al cabo de un momento el jefe se dio cuenta del otro, un hombre casi viejo, ciego de un ojo y desdentado, que lo miraba sonriente. Cosme se acercó, abandonando el caballo.

—¿Quién es éste? —preguntó el general.

—Es Desiderio, hijo de Filón González y es herrero, como su padre de él, que fue maestro.

Al hombre también le faltaba un brazo, al que sustituía la manga mugrienta de su camisa.

—Alcanza un candil que te ilumine la cara para más verte. ¿Qué es lo que quieres de mí al acercarte, hombre?

—Sólo mirar a un general, y alcanzarle algo para beber. No quiero nada; soy un herrero de oficio, no un adulador.

—¿Tienes una herrería establecida?

—Ahora ya no; pero soy propietario de una fragua, del torno y de tres mulas; ahora ayudo aquí.

—¿Y sabes que de un momento a otro se ha de ordenar la marcha y abandonar lo que se tenga?

—Eso he oído.

—¿Y no te preocupa dejarlo todo?

—Será como si nunca lo hubiese tenido; me bastará con eso.

—Todos seremos pobres y no tendremos nada, quizá.

—Quizá. —El tuerto titubeó, dejó en el suelo el candil que hasta entonces había mantenido muy cerca de su cara, y olvidándose que al jarro de chicha lo había traído para el general, se lo empinó, haciendo una buchada con el último trago que después arrojó a un costado—. Quizá, mi señor —dijo—. Pero la vida oscura es igual que el trabajo.

El caudillo lo miró atentamente:

—¿No estás enfermo o malo de algo?

—No, que yo lo sepa, señor.

—¿Sabes cocinar?

—Sólo el pan de nosotros, y eso más bien sin destreza, pero me conformo; no tengo otras bocas que la mía.

—Bien —dijo el general—. Te vendrás conmigo y desde ahora serás mi cocinero.

Ya era noche franca cuando el general, los hombres de su escolta, Cosme y el flamante cocinero abandonaron el parque de artillería.

Entonces recorrieron de vuelta el camino, aunque dando un rodeo impensado. Hacía noches que el caudillo no dormía de pleno, a pesar de los ungüentos de beleño en las sienes y de los ejercicios, rezos, o largas cuentas; así, desde semanas atrás, unas noches más blancas que otras pero todas igualmente inquietas, sin paz suficiente para convalescerse.

Eran inciertos los sonidos de esa noche y la llovizna volvía a caer cuando, a la vuelta de una esquina, del otro lado de un tapial y entre el ramaje de un alto sauce distinguieron el cuerpo de un hombre ahorcado. Los cinco jinetes se acercaron y entonces pudieron ver al muerto, en cuyo hombro se había posado un pájaro negro que huyó sólo después que el general le disparó un balazo que fue a dar sordamente en el pecho del muerto; luego ordenó lo descolgaran. Ya en el suelo, el resplandor frío de la luna iluminó la cara del ahorcado que había muerto lanzando un alarido. Puesto el cuerpo en el suelo parecía de mayor tamaño que cuando colgaba de la rama del sauce.

Los cinco hombres estuvieron un momento contemplando al ahorcado que yacía descalzo, despojado de sus botas por algún ladrón.

—¿Qué hacemos, señor? —pregunta Cosme, pasada la sorpresa, cuando la oscuridad y la llovizna eran mayores.

El general estaba pálido y ensimismado, contemplando al hombre muerto.

De la vida sólo piden los años abundantes... Ahora lo vemos. —Recuerda vagamente un pasaje obligado por estas circunstancias—. *Esta pésima gente no quiere oír mis palabras... Pero la vida no es sólo el tiempo en que se llenan de vino todas las copas.*

Entre las ramas altas del árbol aleteó, oculto, porfiadamente en acecho, el pájaro negro y la luna iluminó otra vez un pedazo del rastrojo. El viejo herrero se había apeado y orinaba junto a su mulo y los demás esperaban, en silencio, la decisión del jefe, en cuyos pensamientos se mezclaban ahora vagas ideas de economía política, de teología y de piedad.

—¿Qué manda mi general? —vuelve a preguntar el sirviente, que ahora está de rodillas y ha puesto una piedra debajo de la cabeza del muerto; alguna de las cabalgaduras relinchó impaciente, en tanto la llovizna volvía a cohibirse.

—Vean ustedes, mis hombres —dijo el general, y fue su voz aflautada y dura. En eso, callejón delante, pasó al galope una partida dando gritos.

Asido con ambas manos al arzón de la montura, el general parece un fantasma; tiene los cabellos mojados y los labios entreabiertos—. *La guerra no es sólo música, coraje o salvas de artillería* —piensa—. *Tampoco ser valiente significa escupir a los que se allanan, como sobre los perros... ¿De qué me están sirviendo mis destrezas en latín o inglés, en gramática y hermenéutica, ante la vista de la muerte, lívida y fría y la desgracia de los pueblos dada por mi mano y la de otros por virtud de una idea?*

Cosme, ayudado por el herrero y un hombre de la escolta, había encendido una fogata junto al cadáver y las llamas gualdas, violáceas, blancas, le alumbraban la cara y parte del pecho desnudo.

El hombre que ha muerto es como el agua que se estanca, pacífica en principio, y clara, y descompuesta e intranquilizante al final.

El caudillo se apeó y anduvo unos pasos en dirección al muerto. Luego se detuvo casi junto a la pequeña hoguera que no alcanzaba mayor esplendor por la ausencia de viento, y de pronto dijo:

—Vean ustedes; este hombre, que lo tenía todo a juzgar por su cinturón y el paño de sus ropas, ha elegido la muerte y la deshonra al desarraigo, seguramente.

Los demás comenzaban a impacientarse por el frío que apretaba ya a esas horas de la noche. En tanto, una de las cabalgaduras se abrió de piernas y meó con estrépito.

—Señor, ¿qué hacemos? —preguntó Cosme.

El general, montado nuevamente, ordena con voz clara:

—Vuélvanlo a colgar.

Fragmento del libro de Héctor Tizón



La calva de Yul Brynner en el fin de la tierra

Por Aníbal Ford

Creo que Piedra Buena es un personaje no elaborado por la cultura argentina, como tampoco ha sido elaborado el mar como recurso propio o ámbito de experiencia, salvo algunas entradas de Payró, Fray Mocho, Liborio Justo, Blomberg, Kordon, Conti y en el caso específico de Piedra Buena, Guglielmino. Si hubiese nacido en los Estados Unidos tal vez hubiese tenido su Melville o su superproducción cinematográfica... Vale aquí señalar que *El faro del Fin del Mundo* (Verne) se desarrolla en la Isla de los Estados, lugar de Piedra Buena, quien luchó contra los raqueadores —piratas que asaltaban náufragos— ahí representados por Yul Brynner y sus hombres. (En esos tiempos, anteriores al Canal de Panamá, la zona era muy transitada.)

Creo que esa no elaboración en nuestro imaginario de su figura —rica como marino civil, aventurero, comerciante, explorador, industrial, defensor de la soberanía (en diálogo con los chilenos), colonizador (en diálogo con los indígenas)— se debe a que se lo chupó la historia de nuestros fracasos como país capitalista autónomo (idea que estuvo en muchos hombres de su generación, la del setenta, y que fuera absorbida y anulada por la granja del '80). También hay otras razones. Alguien me dijo una vez: si se levanta a Piedra Buena se lo hunde a Sarmiento. Sea como fuere, lo cierto es que Piedra Buena es una figura constituyente de nuestro territorio y de nuestra soberanía que no será fácil olvidar si es que queremos construir una cultura no dependiente, Atlántico Sur mediante.

El revés se estrelló contra su boca. Se lo di sin soltar la Remington, como me había enseñado Smiley. Celestino voló hacia atrás y cayó de costado sobre el canto rodado. Las piedras mojadas por la nevisca crujieron como vidrios. Lentamente, levantó la mano y se pasó el dorso por la boca, limpiándose la sangre. El viento helado le sacudía las pieles de lobo.

—Gallego de mierda... si te dije que voy a hacer un cutter aquí, sin astillero, sin nada, es porque lo voy a hacer... y como los que vi en el Hudson. —Ahí le marqué, puntualizando duro, a los gritos, mientras golpeaba un puño contra la otra mano—: 35 pies de quilla, 13 de manga, 5 de puntal, 7 a popa, 8 a proa... los planos los tengo aquí, en la cabeza ¿qué carajo te creés?... y me basta con la caja de herramientas y las dos sierras...— Los demás se quedaron duros y amenazantes: Carlos, Smith, el chilote Espinoza, Henry, el grumete... ya no me acuerdo su nombre. Juan Caballero, el yagán, observó la escena con esa mirada rápida e indescifrable que siempre me persiguió.

Por momentos los hombres se me borran. Estoy aquí, tan lejos, mirando las aguas del Riachuelo, las amarras, el empedrado, las barracas. Sé que estoy sentenciado por la cirrosis y que tal vez ya no vuelva a navegar. Me estoy yendo, como ese barco sueco que sale buscando la boca para perderse en el Río de la Plata. Sin embargo, por momentos, ¿será la muerte?, estoy de nuevo en mis islas, en el fin de la tierra. Siento el viento, la lluvia blanca y helada sobre mi cara; oigo el arrastre de mis botas por la arena gruesa; huelo la niebla, las hayas podridas, el aceite de pingüino que hierve en el tacho.

Celestino se me había tirado encima, para quitarme el arma. Gritando, desesperado, casi incoherente:

—Usted está loco patrón... nos van a comer los pájaros... ¿Cómo va a construir un cutter con los restos del *Espora,* sin astillero, sin nada... déme, que nosotros nos vamos para el oeste, para el Lemaire... si no nunca vamos a salir de estas islas de mierda... nunca... acuérdese de Gardener, todavía tengo su cara aquí... déme el arma. —A mí tampoco se me había borrado la cara de Gardener. Los ojos vaciados por las gaviotas. El cuerpo y el uniforme de la marina inglesa destrozados por las alimañas. El cadáver sentado, contra el bote, como haciendo un esfuerzo para evengelizar. Y lo tenía enfrente cuando se me vino encima el contramaestre. Fue ahí que lo calcé y lo di vuelta en el aire.

Mientras se limpiaba la boca me calmé. Le tendí la mano. Celestino aceptó:

—Tranquilo gallego, vamos a salir... y navegando... yo te voy a enseñar a manejar la sierra, a cortar las cuadernas... Ahora lo importante es ir al *Espora,* a traer todo lo que se pueda... —Entonces saltó Carlos:

—Usted no está hablando en serio, capitán... tenemos la muerte encima... ahora los náufragos, los abandonados somos nosotros... y ¿qué podemos aguantar aquí?, diez, quince días... el invierno ya está cayendo...

—Me cago en la muerte. Me cago en el invierno. Me cago en la tormenta que me destruyó el *Espora*... vamos a salir ¿oiste? —Entonces comencé a caminar hacia el mar. En silencio le di la espalda a los hombres que se quedaron duros, masticando la desesperación, mientras yo ya comenzaba a estudiar la



los ancianos, las mujeres y los niños, callándose el interés de los pudientes, ocultándolo, así como éstos ocultaron las cabalgaduras a la necesidad de su ejército.

El caudillo se había sentado en un pequeño bulto muy cerca de una de las fogatas, con los brazos sobre sus rodillas; tenía vaga la mirada, parada en las llamas que apenas si se movían, los cabellos claros aplastados y húmedos por un sudor malsano; Cosme sujetaba su cabalgadura teniéndose del borrón del apero y los soldados de la escolta permanecían en pie y alertas, cuando alguien llegó hasta él ofreciéndole un vaso de chicha.

—Válgale Dios, mi señor —dijo.

Recién al cabo de un momento el jefe se dio cuenta del otro, un hombre casi viejo, ciego de un ojo y desdentado, que lo miraba sonriente. Cosme se acercó, abandonando el caballo.

—¿Quién es éste? —preguntó el general.

—Es Desiderio, hijo de Filón González y es herrero, como su padre de él, que fue maestro.

Al hombre también le faltaba un brazo, al que sustituía la manga mugrienta de su camisa.

—Alcanza un candil que te ilumine la cara para más verte. ¿Qué es lo que quieres de mí al acercarte, hombre?

—Sólo mirar a un general, y alcanzarle algo para beber. No quiero nada; soy un herrero de oficio, no un adulador.

—¿Tienes una herrería establecida?

—Ahora ya no; pero soy propietario de una fragua, del torno y de tres mulas; ahora ayudo aquí.

—¿Y sabes que de un momento a otro se ha de ordenar la marcha y abandonar lo que se tenga?

—Eso he oído.

—¿Y no te preocupa dejarlo todo?

—Será como si nunca lo hubiese tenido; me bastará con eso.

—Todos seremos pobres y no tendremos nada, quizá.

—Quizá. —El tuerto titubeó, dejó en el suelo el candil que hasta entonces había mantenido muy cerca de su cara, y olvidándose que al jarro de chicha lo había traído para el general, se lo empinó, haciendo una buchada con el último trago que después arrojó a un costado—. Quizá, mi señor —dijo—. Pero la vida oscura es igual que el trabajo.

El caudillo lo miró atentamente:

STOS,
SPADAS



—¿No estás enfermo o malo de algo?

—No, que yo lo sepa, señor.

—¿Sabes cocinar?

—Sólo el pan de nosotros, y eso más bien sin destreza, pero me conformo; no tengo otras bocas que la mía.

—Bien —dijo el general—. Te vendrás conmigo y desde ahora serás mi cocinero.

Ya era noche franca cuando el general, los hombres de su escolta, Cosme y el flamante cocinero abandonaron el parque de artillería.

Entonces recorrieron de vuelta el camino, aunque dando un rodeo impensado. Hacía noches que el caudillo no dormía de pleno, a pesar de los ungüentos de beleño en las sienes y de los ejercicios, rezos, o largas cuentas; así, desde semanas atrás, unas noches más blancas que otras pero todas igualmente inquietas, sin paz suficiente para convalecerse.

Eran inciertos los sonidos de esa noche y la llovizna volvía a caer cuando, a la vuelta de una esquina, del otro lado de un tapial y entre el ramaje de un alto sauce distinguieron el cuerpo de un hombre ahorcado. Los cinco jinetes se acercaron y entonces pudieron ver al muerto, en cuyo hombro se había posado un pájaro negro que huyó sólo después que el general le disparó un balazo que fue a dar sordamente en el pecho del muerto; luego ordenó lo descolgaran. Ya en el suelo, el resplandor frío de la luna iluminó la cara del ahorcado que había muerto lanzando un alarido. Puesto el cuerpo en el suelo parecía de mayor tamaño que cuando colgaba de la rama del sauce.

Los cinco hombres estuvieron un momento contemplando al ahorcado que yacía descalzo, despojado de sus botas por algún ladrón.

—¿Qué hacemos, señor? —pregunta Cosme, pasada la sorpresa, cuando la oscuridad y la llovizna eran mayores.

El general estaba pálido y ensimismado, contemplando al hombre muerto.

De la vida sólo piden los años abundantes... Ahora lo vemos. —Recuerda vagamente un pasaje obligado por estas circunstancias—. *Esta pésima gente no quiere oír mis palabras... Pero la vida no es sólo el tiempo en que se llenan de vino todas las copas.*

Entre las ramas altas del árbol aleteó, oculto, porfiadamente en acecho, el pájaro negro y la luna iluminó otra vez un pedazo del rastrojo. El viejo herrero se había apeado y orinaba junto a su mulo y los demás esperaban, en silencio, la decisión del jefe, en cuyos pensamientos se mezclaban ahora vagas ideas de economía política, de teología y de piedad.

—¿Qué manda mi general? —vuelve a preguntar el sirviente, que ahora está de rodillas y ha puesto una piedra debajo de la cabeza del muerto; alguna de las cabalgaduras relinchó impaciente, en tanto la llovizna volvía a cohibirse.

—Vean ustedes, mis hombres —dijo el general, y fue su voz aflautada y dura. En eso, callejón delante, pasó al galope una partida dando gritos.

Asido con ambas manos al arzón de la montura, el general parece un fantasma; tiene los cabellos mojados y los labios entreabiertos—. *La guerra no es sólo música, coraje o salvas de artillería* —piensa—. *Tampoco ser valiente significa escupir a los que se allanan, como sobre los perros... ¿De qué me están sirviendo mis destrezas en latín o inglés, en gramática y hermenéutica, ante la vista de la muerte, lívida y fría y la desgracia de los pueblos dada por mi mano y la de otros por virtud de una idea?*

Cosme, ayudado por el herrero y un hombre de la escolta, había encendido una fogata junto al cadáver y las llamas gualdas, violáceas, blancas, le alumbraban la cara y parte del pecho desnudo.

El hombre que ha muerto es como el agua que se estanca, pacífica en principio, y clara, y descompuesta e intranquilizante al final.

El caudillo se apeó y anduvo unos pasos en dirección al muerto. Luego se detuvo casi junto a la pequeña hoguera que no alcanzaba mayor esplendor por la ausencia de viento, y de pronto dijo:

—Vean ustedes; este hombre, que lo tenía todo a juzgar por su cinturón y el paño de sus ropas, ha elegido la muerte y la deshonra al desarraigo, seguramente.

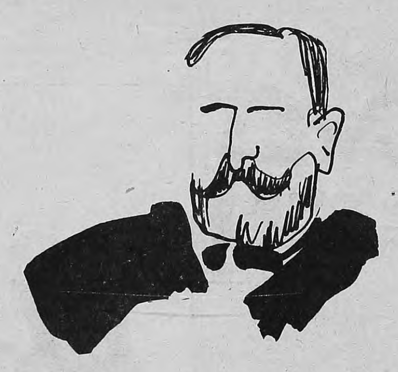
Los demás comenzaban a impacientarse por el frío que apretaba ya a esas horas de la noche. En tanto, una de las cabalgaduras se abrió de piernas y meó con estrépito.

—Señor, ¿qué hacemos? —preguntó Cosme.

El general, montado nuevamente, ordena con voz clara:

—Vuélvanlo a colgar.

Fragmento del libro de Héctor Tizón



La calva de Yul Brynner en el fin de la tierra

Por Aníbal Ford

Creo que Piedra Buena es un personaje no elaborado por la cultura argentina, como tampoco ha sido elaborado el mar como recurso propio o ámbito de experiencia, salvo algunas entradas de Payró, Fray Mocho, Liborio Justo, Blomberg, Kordon, Conti y en el caso específico de Piedra Buena, Guglielmino. Si hubiese nacido en los Estados Unidos tal vez hubiese tenido su Melville o su superproducción cinematográfica... Vale aquí señalar que *El faro del Fin del Mundo* (Verne) se desarrolla en la Isla de los Estados, lugar de Piedra Buena, quien luchó contra los raqueadores —piratas que asaltaban náufragos— ahí representados por Yul Brynner y sus hombres. (En esos tiempos, anteriores al Canal de Panamá, la zona era muy transitada.)

Creo que esa no elaboración en nuestro imaginario de su figura —rica como marino civil, aventurero, comerciante, explorador, industrial, defensor de la soberanía (en diálogo con los chilenos), colonizador (en diálogo con los indígenas)— se debe a que se lo chupó la historia de nuestros fracasos como país capitalista autónomo (idea que estuvo en muchos hombres de su generación, la del setenta, y que fuera absorbida y anulada por la granja del '80). También hay otras razones. Alguien me dijo una vez: si se levanta a Piedra Buena se lo hunde a Sarmiento. Sea como fuere, lo cierto es que Piedra Buena es una figura constituyente de nuestro territorio y de nuestra soberanía que no será fácil olvidar si es que queremos construir una cultura no dependiente, Atlántico Sur mediante.

El revés se estrelló contra su boca. Se lo di sin soltar la Remington, como me había enseñado Smiley. Celestino voló hacia atrás y cayó de costado sobre el canto rodado. Las piedras mojadas por la nevisca crujieron como vidrios. Lentamente, levantó la mano y se pasó el dorso por la boca, limpiándose la sangre. El viento helado le sacudía las pieles de lobo.

—Gallego de mierda... si te dije que voy a hacer un cutter aquí, sin astillero, sin nada, es porque lo voy a hacer... y como los que vi en el Hudson. —Ahí le marqué, puntualizando duro, a los gritos, mientras golpeaba un puño contra la otra mano—: 35 pies de quilla, 13 de manga, 5 de puntal, 7 a popa, 8 a proa... los planos los tengo aquí, en la cabeza ¿qué carajo te creés?... y me basta con la caja de herramientas y las dos sierras...— Los demás se quedaron duros y amenazantes: Carlos, Smith, el chilote Espinoza, Henry, el grumete... ya no me acuerdo su nombre. Juan Caballero, el yagán, observó la escena con esa mirada rápida e indescifrable que siempre me persiguió.

Por momentos los hombres se me borran. Estoy aquí, tan lejos, mirando las aguas del Riachuelo, las amarras, el empedrado, las barracas. Sé que estoy sentenciado por la cirrosis y que tal vez ya no vuelva a navegar. Me estoy yendo, como ese barco sueco que sale buscando la boca para perderse en el Río de la Plata. Sin embargo, por momentos, ¿será la muerte?, estoy de nuevo en mis islas, en el fin de la tierra. Siento el viento, la lluvia blanca y helada sobre mi cara; oigo el arrastre de mis botas por la arena gruesa; huelo la niebla, las hayas podridas, el aceite de pingüino que hierve en el tacho.

Celestino se me había tirado encima, para quitarme el arma. Gritando, desesperado, casi incoherente:

—Usted está loco patrón... nos van a comer los pájaros... ¿Cómo va a construir un cutter con los restos del *Espora*, sin astillero, sin nada... déme, que nosotros nos vamos para el oeste, para el Lemaire... si no nunca vamos a salir de estas islas de mierda... nunca... acuérdese de Gardener, todavía tengo su cara aquí... déme el arma. —A mí tampoco se me había borrado la cara de Gardener. Los ojos vaciados por las gaviotas. El cuerpo y el uniforme de la marina inglesa destrozados por las alimañas. El cadáver sentado, contra el bote, como haciendo un esfuerzo para evengelizar. Y lo tenía enfrente cuando se me vino encima el contramaestre. Fue ahí que lo calcé y lo di vuelta en el aire.

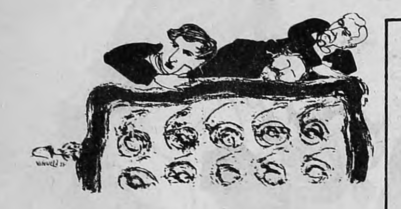
Mientras se limpiaba la boca me calmé. Le tendí la mano. Celestino aceptó:

—Tranquilo gallego, vamos a salir... y navegando... yo te voy a enseñar a manejar la sierra, a cortar las cuadernas... Ahora lo importante es ir al *Espora*, a traer todo lo que se pueda... —Entonces saltó Carlos:

—Usted no está hablando en serio, capitán... tenemos la muerte encima... ahora los náufragos, los abandonados somos nosotros... y ¿qué podemos aguantar aquí?, diez, quince días... el invierno ya está cayendo...

—Me cago en la muerte. Me cago en el invierno. Me cago en la tormenta que me destruyó el *Espora*... vamos a salir ¿oíste? —Entonces comencé a caminar hacia el mar. En silencio le di la espalda a los hombres que se quedaron duros, masticando la desesperación, mientras yo ya comenzaba a estudiar la







posición del *Espora* que había quedado clavado, hecho pedazos, ahí, en la rompiente.

Si hubo un lado donde aprendí a trabajar los metales, a fundir, a perfeccionar la carpintería y el cálculo fue cuando construimos en el Hudson, con Smiley, las máquinas para el teatro. Fue una buena experiencia. La ilusión de la gente requiere máquinas más complejas que un barco. Por eso, aunque se diga que fue una hazaña, que hice lo imposible, no me fue difícil hacer el *Luisito*, el cutter, con los restos del *Espora*, que había quedado destrozado en la rompiente, sus 220 toneladas sacudidas por las olas, crujiendo y quebrándose contra los arrecifes. Prendo la pipa y miro las suaves ondas del Riachuelo; presiento la ciudad a mis espaldas, Palermo, los paseos, las tiendas, las oficinas del puerto. ¿Se apagó alguna vez en mi alma esa lucha por salvar al *Espora*? Es como si la sintiera lejana, en otro espacio; pero también ahora y adentro. Se me repiten los golpes de mar en medio de la tormenta. Era como si me sacaran pedazos a mí mismo. Siento en la carne cómo se fue desarbolando; cómo el mar fue abriendo rumbos en el casco; cómo se vino esa ola que se llevó de un saque la ballenera y el chinchorro y lo clavó a Smith de cabeza contra el espejo de popa. Y los hombres en la pelea; dándole a las bombas o aguantando las olas que barrían la cubierta en medio de la noche; jugados cuando decidí embicar contra los arrecifes. Sin embargo, a medida que avanza la cirrosis, me gusta más recordar la construcción del *Luisito*. ¡Qué cutter! El "Sapo" lo llamaban los muchachos, por esa forma que tenía de caer sobre las olas. Tengo el planchazo todavía en mis oídos. Así voy a caer, así voy a ir entrando en la muerte, cuerpeándola. ¿Habrá tenido sentido todo esto?

El señor presidente me habló frunciendo el ceño, como enojado: —Mire, capitán Piedra Buena —me dijo—, no tenemos marina y cuesta mucho mantener un buque de guerra... estamos muy pobres y ese territorio que ustedes defienden es puro desierto... más vale concertarnos... esa tierra les conviene más a los chilenos por ser el paso al Pacífico... no tengo gente para darle... nada. —Sarmiento no me dijo que me fuera o que me quedara, me dejó ahí nomás. Pensar que en ese momento estaría razonando en traerse al yanqui Gould, en la construcción del Observatorio, en relevar las estrellas del hemisferio austral para el avance de la ciencia. Y a mí me dejaba solo... construyendo ahí abajo... ¿Para quién? ¿Por qué me empeciné tanto? ¿Por qué clavé en el Cabo de Hornos aquel cartelito? Me parece verlo. La chapa de bronce y las letras que dibujé yo mismo. "Aquí termina el dominio de la República Argentina. En la Isla de los Estados (Puerto Cook) se socorre a los náufragos" ¡Carajo! Quisiera estar de nuevo en el ballenero, clavado en el hielo de la Tierra de Graham, comiendo pescado crudo... o fundiendo los machos del *Luisito*... o peleando con los raqueadores, con Yul Brynner (¿quién lo soñó en mis islas?)... o levantando con Ceferino la bandera en la isla Pavón. Me siento en una amarra. Es domingo y las barracas están silenciosas. Sigo las olitas del Riachuelo hasta la desembocadura, donde se esfuma el Río de la Plata. ¿Estará todavía aquel cartelito?, me pregunto. Y de nuevo muerdo el filet crudo; me acomodo los cueros de lobo, duros y grasosos; me paso la mano por la barba y los bigotes y chupo los cristales de la nieve mientras el ballenero sigue clavado, inmóvil, contra el cielo gris, encerrado entre los hielos.

(Fragmento de *Pistas oscuras*)

PEPE, EL LIBERTADOR

Por Daniel Moyano

Al escribir sobre José de San Martín no puedo pensar en el prócer, ni en el general erguido sobre su caballo y la cordillera nevada. Más accesible es Pepe, aquel que en su juventud fue feliz en Cádiz o el que en vejez repetía en un viejo bar con vista al sur a través del océano sus anhelos de volver a Mendoza para instalarse en una chacrita. Y se lo decía a su amigo y protector Alejandro Aguado en el idioma de los andaluces. Prefiero a este Pepe que recuerda inolvidables olores y que, al mismo tiempo, lleva en su presencia permanentemente el momento en que fusilaron a Manuel Dorrego.

Cuando me llaman de Buenos Aires, pidiéndome que escriba sobre San Martín, pienso en una extraña entrevista salteando las barreras del tiempo y de la muerte. ¿Por qué no? Después de todo no hace tantos años que cambió de sitio. Fue en 1850, o sea casi ayer, de modo que tiene que andar rondando por ahí, en esos ambiguos territorios descubiertos por Juan Rulfo, donde los muertos, casi sin saber que lo están, siguen actuando como si estuvieran vivos. Y aunque lo hizo en Boulogne Sur Mer, es casi seguro que a escapadas de la eternidad, pasará los fines de semana en España, que fue su segunda patria, por poco casi la primera si se tiene en cuenta que salió de Yapeyú con cinco o seis añitos y que el primer recuerdo nítido de su infancia acaso sea el de una comuna española, como le pasó a Fernández Moreno (el viejo). Y me digo: si es cierto que en sus ratos libres gustaba frecuentar España, entonces clavadito que podré rastrearlo en Cádiz, donde fue joven, hermoso y feliz, donde sus amigos andaluces lo llamaban cariñosamente *Pepe*.

Su amigo protector, el español Alejandro Aguado, que alivió la pobreza y la vejez del Libertador, aquí en España es más reconocido como el Marqués de la Marisma del Guadalquivir, y tiene descendientes directos en Madrid. Telefoneo pidiendo datos concretos y me dicen que en los archivos familiares hay referencia a cierta tasca en Cádiz que solían frecuentar juntos.

Llegó a *Caiz*, como le llaman a Cádiz los gaditanos, y como seguramente la llamaba nuestro primer exilado, llego a esa ciudad que ya tiene tres mil años de existencia, miro el mar que él miraba (al final de la mirada está la Argentina, tapada por la bruma y la distancia), piso las piedras de la calle que él pisó y claro, la emoción es muy fuerte sobre todo si se tiene en cuenta que él, en su testamento, dice que no quiere ningún homenaje, que lleven su cuerpo directamente al cementerio sin ningún acompañamiento, pero a la vez desea que su corazón sea trasladado a Buenos Aires.

No encuentro la tasca o el bar; los datos que me han dado en Madrid no son precisos, y aquí, tomes la dirección que tomes, siempre vas a dar con el mar que limita con la Argentina, es decir, con Mendoza, adonde él soñaba volver, para cultivar una chacrita y leer tranquilo en su lengua original el Tristran Shandy de Lawrence Stern, uno de sus libros más amados.

Seguramente a él le sigue gustando mirar para allá, me digo, y entonces lo mejor será buscar una tasca desde donde se pueda mirar el mar para el lado del Sur. Y no termino de pensarlo cuando me doy con ella, un rinconcito cerca de la avenida Acodaca, que allá en un fondo de humo y de eternidad me dirijo a dos sospechosos donde pueden estar escondidos él y su amigo el marqués. Uno es más bien rubio, el otro moreno pero de rostro pálido. Acodados sobre el estaño, ante dos vasos de *fino* y pescaditos fritos, ríen y beben alegremente, hablan en andaluz normal, pero de vez en cuando se les escapan unos galicismos significativos. Esto me da una pista ya que el marqués y su amigo Pepe vivían frente a frente en ambas orillas del Sena, muy cerca de París, según refiere Carlitos Mamonde, su más reciente biógrafo.

No sé qué digo por ahí pidiendo algo de beber, y en cuanto oyen mi acento me invitan a su rincón, anochece y llega claramente el ruido del mar mezclando las voces en un solo ritmo. El mismo mar donde él flotó seis meses, tres de ida y tres de vuelta desde Londres hasta el Río de la Plata, a los cincuenta y siete años y atravesado por el reuma y la tristeza en un intento de regreso definitivo. Pero claro, en esos tiempos estaban asesinando a Dorrego y entonces no se animó a bajar del barco. Solamente dos personas —les digo— subieron a las embarcaciones fondeadas frente a Buenos Aires: el coronel Olazábal y el mayor Alvarez Condarco, que hicieron un regalo.

Hablo dirigiéndome especialmente al de rostro pálido y ojos grandes muy negros. Me miran, beben en silencio, no sé si me han entendido o no, ni siquiera si me han escuchado; parecen distraídos por el ruido del mar.

El de ojos negros se queda como muy pensativo o melancólico cuando oye mencionar a Alvarez Condarco. El rubio alega no sé qué pretexto y se retira. Entonces aprovecho que quedamos solos para seguir nombrando cosas íntimas. Menciono la cordillera, la última vez que la cruzó desde Chile ya camino del exilio en mula y con sombrero de paja peruano acompañado por unos arrieros. Me oye con la misma indiferencia. Pero su silencio ahora no me parece negativo.

Le pregunto si no tiene noticias de ese Alvarez Condarco. Sonríe. "Me suena", dice con una voz que parece esconderse en el ruido del mar próximo.

—El regalo que le hicieron a mi amigo —le digo, mirándolo a los ojos, en cuyo fondo veo que acaba el parroquiano circunstancial y empieza una hondura interminable— era una cesta llena de duraznos, con un aroma de esos que no pueden olvidarse nunca.

Se lo digo con intención de provocarlo, teniendo en cuenta que el olor es terriblemente evocativo cuando se está lejos. Entonces leo que en los ojos se le desata una tensión muy fuerte al parroquiano, el brillo que separa el afuera del adentro misterioso se vuelve más tenso como tratando de impedir cualquier transparencia reveladora. Y todo eso parece envolverse y cerrarse para siempre cuando con la más corriente de las voces llama al camarero y le pide otra ronda. Pero al mismo tiempo me dedica unos segundos infinitos de mirada cómplice que atraviesan mi existencia, que colocan la breve historia de mi país sobre el estaño donde bebemos; todo se hace presente, como si ahora mismo estuviesen fusilando a Dorrego.

Sintiendo que no puedo más, no sé qué incongruencia le digo desde mi susto acaso alcohólico pero también desde la especie de tumulto que siento en el corazón. Para disimularlo, le pregunto por su nombre.

—Pepe —me dice con toda la naturalidad del mundo.

